

## ALGO MÁS SOBRE EL ENSAYO

El ensayismo en España (2001-2002)

Juan Carlos Rodríguez

Universidad de Granada

### I

1.- Quizá la clave del Ensayo se condense en una imagen que Borges dice haber tomado de De Quincey. En medio de una discusión un individuo arroja a su contrincante un vaso de vino a la cara. El otro, imperturbable, se limita a responder: “Esto, señor, es una digresión. Ahora espero su argumento”. Entre la fosforescencia de las *digresiones* y la realidad subyacente de los *argumentos* se ha movido siempre la escritura del Ensayo. Aunque lo importante sea la mezcla fascinadora de ambos términos. Siempre con el hallazgo de su “medida”.

En el viejo y querido diccionario de latín que suelo usar, la cuestión aparece nítida. Simplemente así: *Exagium. El peso, la romana y el acto de pesar*. No sé si hay alguien hoy en las ciudades que recuerde lo que era una “romana”: esa balanza con dos brazos en cuyos extremos se colocaba en un lado el *peso* y en el otro lado las cosas que se querían *pesar*. Pero Montaigne lo señala explícitamente: “De ahí mi retiro: creí fértil ocuparme sólo de mi pensamiento, pero ocioso se ha desbocado. Sólo crea quimeras y monstruos fantásticos. Los ordenaré, *los pondré en regla y medida*, para avergonzar con el tiempo a mi pensamiento, a mi espíritu”. Ese es el origen del ensayo y quizá porque no sé muy bien si el ensayo actual “pesa y mide” tan exactamente las quimeras y monstruos que se nos ocurren decidí incluir un capítulo sobre Montaigne en mi libro *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (2002). E igualmente José Miguel Marinas y Carlos Thiebaut prepararon una edición bilingüe del *Viaje a Italia* (2001), con un amplio prólogo/ensayo de estricta precisión. Releer a Montaigne es una práctica sugestiva para aprender de nuevo que no sólo las cosas que se pesan pueden estar “trucadas”, sino que sobre todo puede estar “trucado” el peso que se pone en el otro brazo de la balanza o romana: en suma, el propio “yo” que cree medir las cosas. Ese

“yo” que es precisamente la materia del ensayo, como nos indicaba el propio Montaigne desde el prólogo a su primer libro.

Quizá por eso cada vez que se habla del ensayo haya que hacer hincapié en tres pequeños matices: 1) El ensayo es siempre *plural*. Eso fue al menos lo que atisbó Montaigne al pluralizar el propio título que se había inventado: *Essais*. Y Descartes concibió su *Discurso del método* como una especie de prólogo a sus *Essais* “científicas”. Que Locke y Hume lo utilizaran luego en singular (Hume a su *Treatise* se pasó años llamándolo *Essay*) no significa acaso sino que el yo de la escritura “libre y laica” estaba ya más afianzado en la Inglaterra de la revolución burguesa. No significaba, por el contrario, que ese “yo” no pluralizara su mirada en torno a todos los sentidos del mundo que lo rodeaba, incluyéndose por supuesto a sí mismo. 2) Este incluirse a sí mismo nos lleva directamente al segundo matiz clave del ensayo: *la objetivación del yo*. Esa es la dialéctica máxima –y básica– del ensayo: en el ensayo se supone que el yo habla subjetivándose al máximo pero tratándose a sí mismo, a su vez, como punto de referencia. Es decir, objetivando el yo. Ya he señalado en otra parte hasta qué punto ese “yo objetivado” permite el desarrollo de toda la lógica experimental de las obras de Borges y su obsesión por el yo como espejo. En este sentido podemos decir que el ensayo se parece también mucho a la práctica del psicoanálisis: el yo habla desde sí mismo para tratarse como un objeto ajeno, uno más entre los demás objetos.

Los ensayos de Montaigne nacieron pues como una consolidación del yo y a la vez como una amenaza contra ese yo, puesto que lo objetiva. Junto a la *pluralidad* del ensayo tenemos que anotar este segundo matiz: el ensayo como *amenaza*. 3) El ensayo como *amenaza* implica a su vez un último matiz obvio: la *experimentación*. Ensayar es experimentar y viceversa. Como el ensayo nació junto con la división privado/público de la nueva política y del primer mercado capitalista de los siglos XIV-XVI, los tres matices del ensayo (pluralidad, amenaza y experimentación) caminaron siempre como sobre un finísimo hilo sin red en torno a los límites de la subjetividad y la objetividad. Y me explico enseguida: en el espacio cronológico que analizamos (2001-2002) el verdadero ensayo de amenaza/experimentación (de convulsión subjetiva y objetiva) lo constituyó sin duda el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre del año 2001. La contrarréplica del ensayo como amenaza/ experimentación estuvo configurada por la guerra contra Irak y la continua convulsión (subjetiva-objetiva) no sólo en Oriente Medio sino en el interior mismo de la fortaleza occidental.

Lógicamente el ensayismo literario o filosófico (y político-económico) de USA, Europa y España estuvo marcado por las huellas sangrientas y luego desequilibradas de ese doble ensayismo trágicamente mortal que marcó una coyuntura que aún persiste.

Nuestro bello jardín de sueños se había roto y con él el plácido estanque de los cisnes en que parecíamos vivir. El yo del ensayo subjetivo se sintió vacío ante el “yo colectivo” del suicidio mortal terrorista y de una guerra que en el fondo siempre ha tenido un sabor agrídulce porque desnuda la realidad: cuando se quita la piel a las cosas uno se da cuenta de que no es nadie –ni pinta nada- entre esas cosas que viven y matan. Uno sospecha inevitablemente así que la propia piel cotidiana está corrompida (amenazada o experimentada) en el ensayo del sobrevivir hora a hora. De modo que ese ensayismo brutal (terrorismo/guerra) nos ha convertido en lo que realmente somos: nadie.

Claro que con ese término –*nadie*- logró escapar Ulises, y quizá uno recuerde así lo que el propio Montaigne señalaba: incluso “en el trono más alto del mundo, todos estamos sentados sobre nuestro culo”. Esa es una buena manera de objetivar al yo –que nadie deje de dudar sobre sí mismo- y en consecuencia una buena brecha abierta para hablar sobre el ensayismo literario en la España de 2001-2002. A fin de cuentas el propio padre del asunto ocultó incluso sus apellidos (Eychem Lopez) para llamarse solamente “Señor de Montaigne” (o señor de Montaña, como lo llamó Quevedo y también el primer traductor de los *Ensayos* al español, Diego de Cisneros en 1637).

Y sin embargo, en la realidad desnuda de nuestro mundo, en esos dos años en que uno tuvo que recordar que estaba sentado sobre su culo intentando recuperar el vacío del yo, sucedió una paradoja bastante explicable: seguíamos expresándonos como si nada hubiera pasado. Una hábil estrategia, por cierto, sobre todo si en España se habían alcanzado cotas muy serias de “libertad de expresión” y la democracia parecía tener reflejos consolidados después de casi 30 años. Nadie quería desperdiciar el logro que tanto costó, aunque evidentemente las contradicciones empezaron a hacerse más visibles. Incluso el lastre que se arrastraba durante esos veintitantos años, lo que Gregorio Morán había llamado *El precio de la transición*. Un precio que el propio Gregorio Morán ha ido señalando a través de algunos hitos claves, como la historia de los “directivos” del P.C.E., el laberinto de los vascos que “dejaron de ser españoles” o el traumatismo cultural de la posguerra en su libro: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (2002, 2ª ed.), un texto al que sólo le sobran algunos

innecesarios ataques “ad hominem”. Pero, como decíamos, el precio de la transición fue duro y determinadas miserias, de ayer y de hoy, volvieron a aflorar, tanto rastreando en nuestro presente como en los orígenes de nuestro pasado más inmediato: de alguna manera estábamos viviendo un nuevo “mal del siglo”. En este sentido, y con un prólogo fechado en el otoño del año 2002, Pedro Cerezo Galán ha dado a la luz un impresionante “opus maior”, un libro titulado *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Presentado como un libro de “ensayos de historia intelectual” es una obra magnífica en la que Pedro Cerezo habla de todo “lo divino y lo humano” –y estas palabras, referidas a él, hay que tomarla muy en serio- a través de un despliegue global de su humanismo democrático y de su pervivencia en una esperanza desesperanzada. Muchos de sus planteamientos generales ya nos eran conocidos a través de publicaciones previas, pero Cerezo ha rehecho todo a conciencia y ha matizado sus planteamientos (sobre Unamuno, Ganivet, Machado, Maeztu, Baroja, los Krausistas, Ortega, las crisis nacionalistas, románticas y religiosas) quizá con un trasfondo básico por debajo: frente al nihilismo y el egotismo que vendríamos arrastrando desde aquel primer fin de siglo (o sea, la bisagra XIX-XX: antes no se contaba por siglos) Cerezo se pregunta, latiéndole Ortega por debajo, si aún somos capaces de alcanzar la posibilidad de un sentido vital/racionalista, un sentido imaginativo y creativo, dentro de las auténticas arenas movedizas en que estamos situados. La creencia en la capacidad hermenéutica y positiva de la naturaleza humana es algo básico en un humanista como él, pero ya he dicho que la desesperanza sobre la posibilidad del espíritu libre en nuestro país es el otro polo negativo de este libro imprescindible.

También se han buscado las raíces históricas de nuestra situación retornando al problema de la Segunda República y la guerra franquista. Pues el *núcleo duro* del ensayismo español que intentamos rastrear tiene en efecto esos dos ejes básicos: en primer lugar cómo se fue forjando la “revolución burguesa” desde el XVIII hasta su culminación con el franquismo. Y en segundo lugar cómo desaparecido Franco –pues el franquismo fue nuestra verdadera revolución burguesa- las mismas burguesías hispánicas se incorporaron a la democracia del capitalismo occidental sin apenas problemas (la transición la sufrieron los trabajadores) y a la posterior posmodernidad de los años 80 y 90. Pero ahí ya despuntaba ese “mal del siglo” y, como decimos, todo empezó a saltar por los aires de aquel septiembre de 2001.

Al margen de panfletos absurdos (pero sintomáticos a estas alturas), nos encontramos con libros de ensayo más serios sobre aquel momento crucial del franquismo. Por ejemplo el libro de Ángel Viñas Martín: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil* (2001), o a propósito de nuestra primera posguerra, el trabajo de José Luis Martín Ramos: *Rojos contra Franco: Historia de PSUC 1939-1947* (2002). De un calado muy profundo son los libros de dos maestros catalanes: Jordi Nadal se remonta al origen de toda la problemática actual en el libro *España en su cenit (1516-1598): un ensayo de interpretación* (2001), en la que la introducción del término *ensayo* sólo indica modestia historiográfica; y por supuesto el de Josep Fontana, *Historia de los hombres: el siglo XX* (2002), un ensayo del que lastimosamente se ha cercenado la primera parte (una especie de “historia” de la “historiografía” utilísima) sin duda para darle al texto un carácter menos profesional y más ensayístico o de gran público. Con el reciente fallecimiento de Pierre Vilar y Domínguez Ortiz, Fontana sigue siendo una referencia inevitable en nuestra historiografía. Una historiografía, por cierto, cada vez más “local”, “cantonalista” y “soberanista”, que puede deslizarse hacia lo “mitográfico”. Lo que vale, por contra, una *crítica real* puede apreciarse, por ejemplo, en el libro de Manuel Barrios Aguilera: *Granada morisca. La convivencia negada* (2002). La misma “crítica real” se ofrece, desde una perspectiva dialéctica muy importante, en el análisis de la URSS estalinista que nos da el texto de Carlos Enríquez del Árbol y Carlos Torregrosa: *El proletariado que existió* (2002). Un libro necesario para comenzar a rellenar un vacío que resulta sorprendente. Estoy seguro de que sería muy difícil encontrar hoy a un estudioso más serio y más profundo que el profesor Carlos Enríquez del Árbol acerca de la complejísima problemática de la antigua URSS y de las repercusiones del estalinismo y de la “guerra fría” en nuestro mundo. Por eso aguardamos la publicación de los nuevos textos que ha programado sobre el tema.

Pero vamos a aquel *núcleo duro* del ensayismo como intento de configuración y de diagnóstico ideológico de las diversas tendencias del liberalismo burgués en España.

2.- Pues sin duda resulta curioso –o históricamente inevitable- lo que ha sucedido con el ensayo en los años 80-90 de la llamada posmodernidad occidental. Esquematisando mucho podríamos decir que el ensayo en España debería entenderse a través de una serie de principios claves establecidos a través de tal posmodernidad: a) El adiós al racionalismo riguroso, como consecuencia del adiós a la filosofía como sustantividad en sí. Las causas y consecuencias de toda esta problemática en torno a la

muerte del espacio público, filosófico y político, van a tener repercusiones fundamentales en lo que se refiere a la literatura. Quiero decir: ¿se va a morir también la literatura? b) Pues lo que afecta a lo público se refleja en lo privado. La dualidad especular es siempre determinante en el discurso. Así llegaron a nuestro ensayismo el “pensamiento débil” y el “esteticismo vital”. O el esteticismo/ ético como única solución para la vida cotidiana. Si desde 1911 Luckács había sido el máximo exponente del ensayo, si W. Benjamin y T. W. Adorno habían sido los intelectuales fundamentales del ensayismo ¿qué quedaba de todo eso? c) La vuelta a Adorno como legitimación del ensayo posmoderno fue algo clave en USA, pero también en la España malgastada según el diagnóstico de Eugenio Trías. Quizá Trías supone demasiado. Supone que frente a la prosperidad económica actual –y eso es demasiado imaginar- contrasta la miseria cultural en que vivimos, como resultado del desperdicio que nuestros socialistas hicieron de su 80% de los votos. Trías se empeña en esta cuestión –sin recordar el contorno capitalista que nos rodea- pero sin duda lleva razón en el fondo. Con ese puñado de ases en la mano se pudo haber arriesgado la posibilidad, tan sencillamente limpia, de recomenzar con el programa laico e institucionista del krausismo agostado en la guerra civil. Que esta imaginación de Trías sea ilusoria, no es algo menos lógico que creer en la “libertad de la naturaleza humana”. Como si viviéramos en el interior de un cristal impermeable. d) Pues resulta sin duda sintomático lo que ha sucedido con el ensayo en los años de la llamada posmodernidad occidental y en consecuencia española.

E incluso en lo que ahora se llama *trasmmodernidad*, al parecer el nuevo término en boga. Como “todo es texto” y “todo es ficción”, la ficción tiende cada vez más hacia el ensayo y el ensayo se convierte en una inflación discursiva que abarca todos los territorios disponibles. Y no se trata sólo de una cuestión literaria o filosófica. La geografía icónica está plagada de ensayismo, desde la arquitectura al cine. Algo de ello debíamos haber previsto cuando ya desde los años 70 empezaron a proliferar las salas de cine “de arte y ensayo” (y no sólo en la España franquista a causa de la censura); la narrativa ensayística y la poesía experimental –y tampoco sólo como residuos de las vanguardias-, el arte *conceptual* y por supuesto el llamado “nuevo periodismo” al estilo americano, suponían unas señales de “paso y no-paso”, unos síntomas inequívocos respecto al ensayismo. Todo parecía trivialidad, todos éramos contemporáneos por ser posmodernos. Hasta que, insisto, el hielo de la pista de los cisnes empezó a resquebrajarse. Con el 2001 también en España se ha dado por concluida la

posmodernidad. Más aún, Octavi Fullat, en un muy buen ensayo, ha considerado al siglo XX en bloque como el siglo de la posmodernidad. Y ello a través de una dicotomía no inesperadamente convertida en lugar común. Por un lado estarían los existencialistas trágicos (como es lógico, Unamuno, Sartre o Camus) y por otro lado estarían los vitalistas lúdicos, los que provendrían del *mediodía* de Nietzsche: desde Foucault a Vattimo, tras el legado de Heidegger. La cuestión vuelve a ser filosa y ambigua, pero así es la llamada “historia de las ideas”. El libro de Fullat se titula provocativamente, como decimos, *El siglo posmoderno (1900-2001)* y apareció publicado en el 2002. Que los dioses sean carnales y normales, que puedan hallarse desnudos en el fogón de la cocina, eso sí que es una imagen heideggeriana, básicamente extraída de la *Carta sobre el Humanismo* (1946-47) y de sus versiones sobre Hölderlin.

Una temática que se retoma –con un sentido inverso– en un libro de nuevo con trasfondo nietzscheano. El de Manuel Barrios Casares, sintomáticamente titulado *Narrar el abismo: ensayos sobre Nietzsche, Hölderlin y la disolución del clasicismo* (2001). Desde tal panorama no es extraño que en estas fechas se haya reinaugurado una tradición que parecía retirada en el desván: la biografía intelectual (vital en cualquier sentido) de algunos de estos filósofos considerados señeros en la posmodernidad. Con estilo riguroso y amenidad divulgativa se nos ofrecen así los ensayos biográficos sobre *Nietzsche*, de Agustín Sánchez Izquierdo (2001); sobre *Heidegger*, de Luis Fernando Moreno Claros (2002); sobre *Wittgenstein*, de Isidro Reguera Pérez (2002); y muy especialmente la imagen de *Foucault* (2001) que ha llevado a cabo uno de nuestros más rigurosos pensadores contemporáneos, Ángel Gabilondo, quien ya hizo un prólogo memorable a los textos inéditos de Foucault sobre lenguaje y literatura. Junto a la larga trayectoria de Miguel Morey (y de algunos teóricos más jóvenes, como J. Vázquez García y J. L. Moreno Pestaña), Ángel Gabilondo ha sabido desentrañar con sagacidad las grandezas y miserias de un autor tan destellante –pero sin duda tan oblicuo– como M. Foucault, quien, para mí, acabó estrellándose en los dos últimos volúmenes de su *Historia de la sexualidad* y en el inusitado debilitamiento final de su idea de *Poder*.

Pero las dudas sobre el estatus de la filosofía “qua” filosofía han continuado latiendo, intermitentemente, en el interior de la posmodernidad española. Nos lo indica la muy sugerente compilación de ensayos editada por el también sugerente Patxi Lanceros y titulada, con ambigüedad precisa, *El lugar de la Filosofía* (2001). Un libro imprescindible para los interesados en el tema. De muy diverso carácter son los tres

textos dionisiacos que nos ha lanzado en estos años un pensador que viene ya de otros años, tres libros publicados en una editorial “exquisita”. Me refiero al espiritualismo/esteticismo de Ignacio Gómez de Liaño y sus tres obras sucesivas: *Iluminaciones filosóficas* (2001); *Athanasius Kircher: itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal* (2001) y *Sobre el fundamento* (2002). Una buena muestra de que “lo sublime” kantiano sigue siendo un perfecto aceite para lubricar los entresijos posmodernos. Más a ras de tierra nos encontramos con una obra plenamente ensayística de Josep Muñoz, titulada: *El libro de las preguntas desconcertantes* (2001); pero, quizá para evitar tanto desconcierto, se nos da reposo en el texto de Ángel Prior Olmos, con un título más académico: *Axiología de la modernidad: ensayos sobre Agnes Heller* (2002). Y ya plantados en plena “modernidad” nos encontramos ahora con una serie de interrogaciones nada menos que sobre Hegel. ¿En qué sentido se puede leer hoy a Hegel? A esa pregunta pretenden responder algunos libre de mayor y menor importancia. Pero citemos al menos tres: el de Eduardo Álvarez González, *El saber del hombre. Una introducción al pensamiento de Hegel* (2001); el de Gabriel Amengual, *La moral como derecho. Estudios sobre la moralidad en la filosofía del derecho de Hegel* (2001); y el de Carlos Másmela, *Hegel: la desgraciada reconciliación del espíritu* (2001). Que sin embargo el espíritu no se reconcilia nunca consigo mismo es lo que trata de recordarnos el ensayo de José Manuel Costa Abad, *La palabra tardía: hacia Paul Celan* (2002), una muestra clara de que si hoy Celan es un *totem* para muchas escrituras, su obra no puede concebirse sino como un “ir hacia”, jamás como un “haber llegado”. Sí llegamos en cambio a uno de los núcleos centrales que obsesiona a nuestro mundo, la cuestión del –o de lo- “otro”, con un nuevo libro de Ángel Gabilondo, tan recomendable como todos los suyos: *La vuelta del otro. Diferencia, identidad y alteridad* (2001), un texto donde insidiosamente se plantea, a partir del “otro”, la cuestión del “uno”, la de la propia *Individuación*, que es algo que me preocupa hasta el extremo. Que la filosofía sigue viva es lo que intenta mostrarnos el profesor Luis Sáez Rueda con su libro *Movimientos filosóficos actuales* (2001), exhaustivo y por tanto desigual, pero perfectamente coherente con sus planteamientos hermenéuticos al modo de Apel. Igualmente exhaustivo pretende ser su amplio ensayo sobre un tema no menos actual: el libro titulado *El conflicto entre las tradiciones continental y analítica* (2002).

Sólo echo de menos un análisis más profundo de la tradición ideológica subyacente en ambas tradiciones. Eso es lo que intenta conseguir, a través de múltiples

vericuetos, el texto que nos ofrece Anna Stany bajo la silueta de un título inevitablemente lapidario: *La fascinación por el saber* (2001). Sin duda no ha tenido tanto éxito como uno de los best-sellers de José Antonio Marina: *La lucha por la dignidad*, donde el buen “sentido común” pequeñoburgués se despliega a todo trapo (y quizá el título recuerda el artículo necrológico que F. Fernández Buey dedicó a José M<sup>a</sup> Valverde: pero la diferencia es abismal). No va mucho más allá la recopilación titulada *El odio* y dirigida por Castilla del Pino. Y no menos discutibles son los ensayos “estéticos” de Luis Puelles Romero (*La estética de Gaston Bachelard: una filosofía de la imaginación creadora*, 2002), un título que promete mucho más de lo que ofrece; al igual que ocurre con el texto de Luis T. González del Valle, titulado nada menos que *La canonización del diablo: Baudelaire y la estética moderna en España* (2002); es un largo ensayo pero me temo que el asunto resulta demasiado resbaladizo para su tratamiento. Puede ser muy útil sin embargo la compilación que José Sánchez Tortosa (con ayuda del autor) ha realizado sobre textos de Fernando Savater titulada: *Pensamientos arriesgados: casi todo Savater* (2002). Ese *casi* del título es lo que más me agrada, porque nunca nadie es todo y porque el *casi* es una de las claves del ensayo.

3.- Volvemos con ello a interrogarnos sobre nuestro tema central: el “ensayo” como tal. Pues la cuestión resulta más curiosa aún cuando continuamos rastreando la genealogía del ensayo a lo largo del siglo XX y hasta los comienzos del nuevo milenio. Y baste otro ejemplo sintomático: cuando en los años 80 se creyó paralizar la historia y todo el mundo hablaba del fin de la Historia, un ensayo que hasta entonces había pasado casi desapercibido se convirtió en el referente obligado para cualquier tipo de pensamiento teórico (o no tan teórico). Me refiero obviamente a *El ángel de la historia*, el ensayo que W. Benjamín había escrito a propósito del famoso cuadro de Paul Klee. Aquel ángel que se alejaba con pavor de una historia que no habría sido más que ruinas parecía un perfecto signo del mundo que se anunciaba: ya no harían falta más ángeles (más relatos metateóricos y utópicos) y sobre las ruinas del Muro se edificaría al fin el reino paradisíaco y feliz de la libertad democrática occidental. El único relato largo y posible –y sin respuesta- era ya el de la explotación diaria del capital. Trastocado hasta el fondo, el propio W. Benjamín se convertía así a su vez en un enclave definitivo. El lugar último al que habría podido llegar la *Modernidad* y, tras su vacío, el anuncio del comienzo de la nueva era. En esta perspectiva se inscribe quizá el libro de Manuel Cruz, *Hacia dónde va el pasado: el porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*

(2002). A Benjamin se le llamó por todas partes “el último intelectual” y, en nuestro país, el hecho comenzó a certificarse sobre todo a partir de las ambiguas traducciones de Benjamin que hizo el todavía cura –y luego Duque de Alba- Jesús Aguirre. Mientras tanto en Italia la escuela benjaminiana adquiría un carácter magnífico, y en España apenas el barcelonés Enrique Vila-Matas defendía en serio a Benjamin. Pues aquello de el último intelectual era por cierto una especie de elogio necrofílico de nuevo macabramente ambiguo. Puesto que obviamente si se quería rendir tributo no sólo a Benjamin sino a la figura moderna del intelectual “comprometido”, ello se hacía precisamente a través de una retórica clave de oración fúnebre. Quizá los herederos del franquismo –y lo somos todos- se olvidaban de que Benjamin se ahorcó en su cárcel francesa porque la policía española lo había entregado a las autoridades fascistas de Vichy. Pero hablar de esto resultaba del mal gusto, y la planificación del escenario resultaba más plácida suponiendo que asistíamos al entierro –igualmente plácido- no sólo de Benjamin sino de cualquier tipo de intelectual “a la vieja usanza”. Tras el saludo final de la corneta, como en la película *De aquí a la eternidad*, todo el mundo recogía sus petates, abandonaba los viejos barracones y se disponía a iniciar una nueva vida.

4.- Aunque evidentemente siempre aparecían visitas que antes no habían llamado al timbre. Inesperadamente *la mujer* se había convertido en un nuevo y decisivo “sujeto de la historia”. Sus luchas fueron magníficas y admirables, hasta que el sistema las fue fagocitando. Y aunque hoy evidentemente el feminismo (como el ecologismo y otros movimientos sociales relativamente “nuevos”) parezcan haberse ido desinflando poco a poco como un globo en el aire –o un objetivo alcanzado- obviamente los ensayos feministas han seguido proliferando y luchando en los últimos años. Quizá con menos impulso que antes, los textos y las actitudes privadas y públicas del feminismo siguen reivindicando la posición de la mujer en cualquier ámbito público, incluido por supuesto el ámbito de la literatura. Claro que hay un feminismo de derechas y de izquierdas, conforme la mujer se instala cada vez más en lugares de poder. Algo de esto se señala por ejemplo en el libro de M<sup>a</sup> Antonia García de León, *Herederas y heridas: sobre las elites profesionales femeninas* (2002). Un tema filosófico donde los haya. Podemos incluir también otros ensayos de tipo sociológico y muy significativos. Por ejemplo el de Esperanza Bosch Fiol y Victoria A. Ferrer Pérez: *La voz de las invisibles: las víctimas de un mal amor que mata* (2002); o los relatos y ensayos de María Novo precisamente en torno a la relación entre ecologismo y feminismo: *mujer y naturaleza* serían

exactamente eso, “las grandes invisibles”. Más incrustados en el ámbito del psicoanálisis literario nos aparecerían los diversos y espléndidos ensayos de la argentina/ española Sonia Mattalía, por ejemplo el libro (coordinado por ella junto con Nuria Girona) titulado: *Aún y más allá. Mujeres y discurso* (2001). Desde una línea sociológico/cultural resulta muy sugerente el libro coordinado por Belén Agrela Romero y Carmen Gregorio Gil, bajo el título de *Mujeres de un sólo mundo. Globalización y multiculturalismo* (2002). Y por supuesto, a partir del inevitable tópico de “mi querido diario” (es decir, la unión peculiar entre el ensayo y el diario personal, la voz oculta), se nos presenta el texto de Carmen Gúrpide Ibarrola, Nuria Falcó Avellana y Ana Bernard Puig, titulado *El diario personal: propuestas para su escritura*. Un título no menos representativo podría ser el de la novelista/ensayista Laura Freixas Revuelta: *Literatura y mujeres* (2001). Y en una perspectiva paralela resulta inevitable detenerse en el último libro publicado por Sharon Keefe Ugalde, quien se ha pasado años en España estudiando la poesía escrita por mujeres en nuestro país. El libro lo editó la Diputación de Córdoba y se titula *Sujeto femenino y palabra poética* (2002). En la misma línea (enunciación privada femenina/ enunciación pública feminista) se sitúa un amplio ensayo dedicado –nada menos- que a la problemática situación de una escritora tan complejamente simbólica y contradictoria como Gertrudis Gómez de Avellaneda. El texto se titula precisamente así: *Género, poesía y esfera pública. Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica* (2002). Por supuesto que las polémicas se enzarzan en este ámbito en torno a la cuestión ya tan debatida de si existe o no una *literatura femenina*. En realidad tales debates se establecen, como es lógico, a través de los dos ejes fundamentales del feminismo de hoy. Esquemmatizando al máximo podríamos hablar del feminismo esencialista de la *diferencia*, por un lado, y por otro, del feminismo histórico de la igualdad, o sea, de la “construcción sociocultural” de la imagen de la mujer. Repito que es sólo un esquema y que las complejidades aquí son inabarcables; pero sin negar que haya una “manera femenina” de ver las cosas (y sin negar la afortunada “pequeña diferencia”), creo que –como se ha repetido con acierto- recaer en el *esencialismo* supone recaer en los mismos mitos del espejo conservador tradicional en torno a la mujer, aunque ahora se revistan con otro lenguaje. Por ejemplo, seguir insistiendo en que la mujer debería volcarse en el ensayo personal/sentimental y autobiográfico, en vez de establecer una teoría racional y abstracta, que sería lo propiamente masculino, etc. Obviamente la cuestión resulta absurda planteada en estos términos. Salvo que el feminismo es una cuestión tan compleja que en absoluto

podemos dilucidarla aquí, y por ello sólo hemos intentado radiografiar algo del problema en el esqueleto de los textos que hemos citado.

5.- Tampoco se desalojan del esqueleto de la ambigüedad los ensayos dedicados a nuestra vida pública. En un libro escrito en el año 2002 (pero que obtuve en el 2003 el premio internacional Jovellanos de ensayo) Félix Duque, excelente “filósofo” sin duda por otra parte, incide en uno de los temas básicos de nuestro tiempo. El libro se titula *Los buenos europeos. Hacia una filosofía de la Europa contemporánea*, y es un minucioso y exhaustivo análisis en torno a las *ideas* que a propósito de Europa se han sucedido dentro y fuera de España, desde los griegos hasta hoy. Sólo le falta citar “el mentido robador de Europa” es decir, por qué la ninfa Europa prefirió a un toro blanco en vez de a un dios Zeus antropomórfico. Quizá fuera cuestión de tamaño, pero esto no lo anota Duque. Tampoco anota que si las ideas andan por las nubes, las ideas y las nubes –al igual que las palabras- son absolutamente reales y materiales. ¿Qué otra cosa podrían ser? De modo que el libro se empeña en hacer una filosofía abstracta de “lo europeo” y en ese sentido cumple de sobra en el interior de sus presupuestos posmodernos. Que se ignore la realidad concreta y desgarrada de lo que de verdad supone la Unión Europea –sobre todo tras la incorporación del Este y de la inmigración tercermundista- no implica sino que el libro es tan ambiguo como el propio Jovellanos; pero, repito, se trata de crear metáforas donde la realidad se ignora o se da por supuesta. Y en eso de crear metáforas Duque es un habilísimo maestro, algo que me parece magnífico y que señalo con todos mis respetos. Más concreto es el libro de Félix Ovejero Lucas, *La libertad inhóspita: modelos humanos y democracia liberal* (2002), puesto que, en efecto, la libertad se está convirtiendo en una casa inhabitable. Que la programada desustancialización de la política –convertida en gerencia del poder económico- es un hecho peliagudamente amenazador (los ciudadanos de a pie “pasan” hoy de la política) es algo que subrayó tenazmente Gramsci. La necesaria permeabilidad entre ética y política ha sido una continua obsesión en los ensayos de Francisco Fernández Buey y –por supuesto desde otra óptica- de Victoria Camps o Fernando Savater. Y es algo que nos viene a recordar por ejemplo (siempre dentro de los límites cronológicos que nos estamos fijando y dentro de la misma ambigüedad) el conjunto de ensayos publicados en el libro de José Rubio Cariacedo, José M<sup>a</sup> Rosales y Manuel Toscano Méndez: *Retos pendientes en ética y política* (2002). También desde otra óptica completamente distinta, la cuestión de las relaciones entre ética y política

(concebidas ya como libertad para la explotación, etc.) es el tema central de revistas de ensayo realmente básicas, como la malagueña *Laberinto* o la más difundida *Riff-Raff* (publicada en Zaragoza bajo el impulso teórico de José Luis Rodríguez García y múltiples colaboradores). Por supuesto que existen muchas otras revistas más o menos minoritarias que inciden en este sentido de resaltar las contradicciones de nuestra democracia, pero en realidad lo que manda es la supremacía de la mercadotecnia de los suplementos culturales de los periódicos mayoritarios -y sus Empresas-. Con dos eslóganes básicos, que se funden en uno: vivimos en el mejor de los mundos posibles – porque *somos* libres- y la literatura *es* la literatura –porque *es* libre-. En este panorama ensayístico sólo a veces se esboza un auténtico pensamiento crítico (si esto no es un pleonasma). Pero ya que el desierto es el desierto, quizá deberíamos anotar algunas huellas. Por ejemplo revistas “progresistas” como la también zaragozana *Tropelías*, dirigida por Túa Blesa, la revista *Sileno*, dirigida por Juan Barja o *Hélice*, dirigida por Luis Muñoz. Otras huellas pueden rastrearse en el curioso libro de Pere Saborit i Codina titulado descaradamente *Política de la alegría o los valores de la izquierda*; y puesto que la cuestión quemante del federalismo, la autodeterminación o la soberanía inunda los parlamentos, los media y las calles (un torrente que viene de lejos y continuará granizando) tendría que citar las columnas periodísticas de cada día y eso resulta imposible. Anoto pues sólo (otra vez dentro de los límites cronológicos impuestos) dos ensayos digamos de tradición liberal, con análisis sin duda minuciosos. El libro de Eliseo Aja: *El estado autonómico. Federalismo y hechos diferenciales* (2001) y el de Juan José Laborda Martín y Tomás Fernández García, *España: ¿cabemos todos?* (2002). Y sintomáticamente, junto al problema de los nacionalismos, la otra cuestión básica que suele inundar nuestros ensayos es la que se ha planteado en torno a la globalización. Otra vez con miles de intervenciones periodísticas –aparte de las manifestaciones masivas antiglobalizadoras- pero con pocos análisis rigurosos y con mucho menor sentido global de lo que en la calle significa ser antiglobal. Una muestra más de la neblina de la izquierda de hoy. Obviamente Manuel Castells ha continuado con su tarea tecnológica emprendida hace años desde EE.UU. y ahora nos ofrece un largo resumen de sus trabajos previos: *La Galaxia Internet* (2001); mientras que Mercedes Arriaga Florez ha compilado una serie de ensayos sobre el tema, bien nebulosamente titulado: *Más allá de un milenio. Globalización, identidades y universos simbólicos* (2001). Que siempre se hable del capital simbólico y jamás del capital real es sin duda un buen síntoma de la estructura discursiva posmoderna.

6.- Ahora bien: ¿cómo se sitúan nuestros filósofos y teóricos ante la invasión absoluta del ensayo, ese ensayismo que se nos ofrece hoy (tras el aparente desprecio de los años 20-50 del S. XX) no ya como una invasión marciana de Orson Welles, no ya como un *¡qué vienen los rusos!*, no ya un *Alien* o un extraño pasajero-lagarto, sino como el vecino cotidiano que inunda las calles?

Decíamos también que la desustancialización de la Filosofía –como la de la Política- parecía en efecto un hecho irreversible puesto que significaba el trasvase desde lo público hacia la privatización de todo. Y los hechos son bien tozudos si se anclan en la tierra del capital. Quiero decir, como dice Richard Rorty, que para el capitalismo actual la Filosofía sustantiva ya no es necesaria para legitimar o suturar nada, puesto que el “espíritu del capitalismo moral” se ha convertido en nuestra vida cotidiana. Quizá por eso convenga hacer un breve rodeo en torno al auge del ensayo como “género” que hoy atraviesa a todos los géneros. Y precisamos algunos detalles. En primer lugar: ninguno de nuestros filósofos “profesionales” renunció jamás al ensayo, sino muy al contrario lo convirtieron en su forma de exposición básica. Así los ya desaparecidos Ferrater Mora, Manuel Sacristán, Aranguren o José M<sup>a</sup> Valverde (todos siguiendo la órbita del ensayismo de Ortega, Unamuno o d’Ors). Ya hemos hablado de Pedro Cerezo, de Ángel Gabilondo, de Eugenio Trías y no podremos olvidarnos de Emilio Lledó o Gustavo Bueno, etc. Y así la pregunta clave nos vuelve a surgir: ¿se podrían definir los límites en la discursividad del ensayo? Creo que eso resulta imposible, puesto que cualquier límite ha sido siempre flexible y hoy prácticamente los límites no existen. Por eso nos basta con señalar algunos mínimos vislumbres al respecto. Por ejemplo no cabe duda de que el primer gran teórico del ensayo en el siglo XX fue G. Lukács y posteriormente T. W. Adorno. El texto de Lukács “Carta a Leo Popper sobre el Ensayo” (1911), publicado luego en su libro *El Alma y las Formas*, fue el texto decisivo. Casi un pistoletazo de salida en una pista que recorrieron K. Kraus, Kracauer, B. Brecht y W. Benjamin. Esto es algo irrefutable. Que Kraus fuera el mayor amigo/enemigo del periodismo ensayístico es una historia que el propio Benjamin analizó hasta el extremo; que Benjamin se viera atrapado –como Lukács- en su neokantismo marxista –igual que Korsch- no deja de ser sintomático. También Korsch fue el maestro marxista de Brecht, y los diálogos entre Brecht y Benjamin son un eje clave para todo el ensayismo actual. Incluso cuando Benjamin señalaba que el ensayismo literario -o la crítica literaria- ya no eran considerados como un “género serio” en Alemania. Pero no

deja de ser curioso de nuevo que T. W. Adorno (la W era la inicial del apellido judío que Adorno escondió al igual que Montaigne) redactase un texto titulado “El ensayo como forma”. Está escrito entre 1954-58 (posiblemente como una colaboración más de las que solía hacer para la emisora norteamericana RIAS en Berlín). Es un texto magnífico donde Adorno (aceptando los planteamientos de Lukács y ese desprecio que Benjamin detectaba en Alemania en torno al ensayismo y la crítica literaria) sabe dar la vuelta a estos textos claves, precisamente para atacar a Heidegger y a los “lógicos neopositivistas”. Adorno recogía así el guante de desafío lanzado por Lukács y Benjamin y, como digo, dándole la vuelta al guante, establece una propuesta inesperada. Pues lo hace en un sentido muy específico. Para Adorno, el hecho de defender el ensayo ya no supondría tanto una manera de salvar a la Filosofía o a la Literatura en abstracto (en su “en sí” sustantivado). Muy al contrario: se trataría de salvarlas atrapando a la vida concreta a través de la forma de exposición concreta del ensayo, la única manera de fundir todos los géneros. La cita de Goethe que encabeza su texto sobre el ensayo es bien significativa en este sentido: “Ver lo preciso, lo iluminado, no la luz”. Aunque la *estética negativa* de Adorno (frente a la *cosificación* del sistema) haya parecido a los posmodernos una magnífica manera de solventar sus abrazos con el sistema, no voy a negar la densidad de los planteamientos de Adorno. Como señaló E. Trías, Adorno fue considerado en nuestro país alguien que “revive, recrea y teoriza el género del ensayo”. Quizá sea cierto, pero es a partir de aquí donde las cuestiones comienzan a complicarse, donde comienza a resquebrajarse el bello jardín de los sueños y del lago de los cisnes.

## II

1.- Pues en efecto: si hiciéramos caso a los exhaustivos trabajos de Jordi Gracia (en sus colaboraciones con la HCLE, con José Carlos Mainer e incluso en la Revista de Occidente) el ensayo y el estilo ensayístico no sólo serían algo extraordinariamente floreciente en la España posfranquista –desde el 75 al 2000- sino algo incluso únicamente y por fin equiparable (gracias a la libertad de la Transición) a los casos de la *Edad de plata*. Es decir, algo con indudable semejanza respecto a la estela de figuras tan señeras como Ortega, d’Ors, Unamuno, Maeztu, Cajal o indudablemente –en el ámbito literario- con Cernuda, Salinas o Jorge Guillén (aunque su hijo Claudio Guillén, por ejemplo, sería considerado hoy mucho mejor teórico que su padre, etc.).

Creo que Jordi Gracia y J.C. Mainer son en efecto (en la tradición orteguiana de Juan Marichal) los más exhaustivos estudiosos del ensayo en esta época de la Transición (Mainer escribió un artículo magnífico sobre el estilo ensayístico de Sánchez Ferlosio), aunque lógicamente ellos mismos tengan que poner algunos *puntos sobre las íes* de esa “libertad de transición” (lo que parece casi una “contradicción en los términos”, como la *Libertad bajo palabra* de Octavio Paz). Y en consecuencia, también “transicionalmente”, uno mismo se vea obligado a colocar algún entrecomillado en un ámbito tan resbaladizo en el que se presentan como testigos –o quizá como jurados– estos términos que nos descabalan: transición, ensayo, democracia, milenio...

Pues insisto en que el ensayo español parecía existir –y lo sigue pareciendo aún– como algo que “zigzagueaba” en un jardín plácido y floreciente sobre la superficie de brillos de un lago de los cisnes. Todo parecía ir perfecto, hasta que llegó el 21/S. Lo malo es que, según el propio Kant, cuando una obra de arte pretende ser perfecta es entonces, precisamente entonces, cuando se convierte en imperfecta. En cierto modo fue lo que traté de escribir –y por supuesto muy lejos de Kant– en un texto que la revista Litoral dedicó al milenio. Por eso le di el título de “El gris convertido en una de las bellas artes”. Algo que tenía ampliado en mi libro *Dichos y escritos* en torno a la aludida *desustancialización de la política y de la filosofía* (quizá como una desustancialización de lo público) frente a la sustancialización poética: como un índice más del programado intento por privatizarlo todo.

Era ya una cuestión irreversible en todo nuestro programa occidental. La política suponía una cosa del pasado, de la guerra fría y del dogmatismo ruso y del Muro. Desustancializar la política significaba reducirla a una cuestión de izquierdas ya sin sentido. La democracia del capitalismo liberal no era algo político (salvo para los políticos), sino que era la vida misma. Sólo que la contradicción surgía precisamente ahí: la privatización y el “yo” se estaban yendo al garete. Las nuevas condiciones objetivas del capital y sus nuevas formas de acumulación, de paro y de trabajo, nos convertían en “nómadas” en el interior de nosotros mismos. Fue también por eso por lo que escribí un ensayo sobre la “Poética nómada de Ángeles Mora”, como prólogo al libro *Contradicciones, pájaros* (2001). En sus diversos –y magníficos– trabajos sobre el ensayismo en España, sobre todo a partir de 1996, Jordi Gracia había señalado dos momentos claves del ensayo como *antídoto*. Indica que en los años 50 el ensayo habría significado el antídoto básico contra el franquismo en su más amplio sentido. Y tan

amplio: J. Gracia recuerda las polémicas interiores al falangismo, al catolicismo, al liberalismo y los nacionalismos, etc. Pero luego nos indica que a principios de los 70 el ensayo actuaría como antídoto no ya contra el franquismo, sino ¿contra quién?

Obviamente contra el marxismo que asfixiaba a nuestro país. La palabra *asfixiante* la utiliza en el prólogo a *Los contemporáneos*. En la reelaboración de este texto que imprime en la HCLE, J. Gracia da un paso más y habla de *desintoxicación*. En una palabra: lo que habría existido en los años 60 y principios de los 70 en España habría sido un marxismo asfixiante que intoxicaba y envenenaba a todo el mundo cultural. Y eso se comprueba en el propio índice de su excelente compilación (*El ensayo español. V. Los contemporáneos*) de manera irrefutable. Claro que ya se sabe lo que decía Popper sobre la “falsabilidad” de los argumentos: sólo un argumento “falsable” puede legitimarse como corregible y plausiblemente auténtico. Es como pasar el café por el filtro de la cafetera. Y así podemos analizar el índice del libro citado. En la nómina de los 33 ensayistas elegidos, sólo hay tres que efectivamente tuvieron relación con el marxismo. Y precisamente los tres estuvieron siempre marginados –menos uno posteriormente- no sólo dentro del mundo de la cultura franquista sino dentro de la cultura democrático/liberal emergente. Estos son los tres nombres que aparecen en el índice del marxismo asfixiante e intoxicador: Manuel Sacristán, Alfonso Sastre y Manuel Vázquez Montalbán. Tres granos de café entre 33 supone “falsar” mucho la “falsabilidad”. Dando por supuesto además que los tres eran de muy distinto pelaje. Aunque en realidad creo que Jordi Gracia no quiere equivocarse. Es cierto que pudo dar la sensación de que había muchos militantes comunistas (no sólo entre las clases trabajadoras y los cristianos de base, sino entre la intelectualidad universitaria y literaria: los llamados “compañeros de viaje”, especialmente). Pero hay una frase de Althusser que siempre he asumido como mía y como síntoma de toda la situación del momento. Decía Althusser: “yo era militante comunista y quería saber lo que era el marxismo”. Eso sí que es una “falsabilidad” absoluta. Esa era la realidad que existía. No se puede decir que en el ensayismo español el marxismo era asfixiante y tóxico. En verdad el pensamiento marxista –en España y en Europa: de los rusos ni hablo- apenas existió en profundidad. Lukács, Gramsci y Della Volpe (con algunas píldoras de Brecht o del propio Althusser), eso era lo único que se manejaba y además se manejaba en esquemas espeluznantemente malos. Es verdad que había buenas intenciones: Lukács suponía el realismo, Gramsci la cultura popular y Della Volpe la racionalidad

democrática. Si uno otea estos síntomas, se da cuenta enseguida de que (aparte de “los espías que vinieron del frío”) lo que se intentaba era imitar en algo las posiciones de izquierdas de la universidad y de la sociedad italiana. La única izquierda marxista válida en aquel momento. Pero incluso el propio Sacristán entendía el marxismo más como una “praxeología” que otra cosa, en su línea neokantiana y analítico/formal y en su intento de desterrar a la filosofía (a cualquier filosofía) de la enseñanza media y universitaria. Lamento recordar una historia tan conocida y tan sabida, pero los hechos siguen siendo tozudos: convertir a la filosofía en una especie de “lógica de fundamentos” para cualquier saber “real” en un Instituto superior que daría sustrato a todos los saberes. Mi respeto hacia Sacristán es evidente, pero la lógica formal/matemática que él preconizaba (al igual que el primer Ferrater Mora en el exilio) preludiaba más bien el famoso *giro lingüístico* que los exiliados centroeuropeos iban a llevar a cabo efectivamente en la propicia cultura pragmatista angloamericana. Que Sacristán y Ferrater Mora estuvieran en contra de cualquier retórica trascendentalista y huera era algo comprensible dada la atmósfera que habían vivido a través de aquellas proclamas y “sermones sin moradas” de la derecha española, con su catolicismo y su falangismo. Pero también con algún amor secreto: el amor hacia el publicismo práctico (o “praxeológico”) del filosofar de Ortega era un ronroneo para ambos; y el rechazo de la metafísica no andaba muy lejos, para Sacristán, de su famosa tesis doctoral sobre *Las ideas gnoseológicas de Heidegger*.

2.- Pero esta es una historia que no nos interesa ahora, salvo en un sentido. Bifurcado por cierto. Si Sacristán es fundamental en la historia de nuestro pensamiento filosófico y ensayístico, no lo es precisamente por sus obras publicadas –tan escasas, salvo sus magníficas traducciones- sino por algo que creo que no se ha tenido muy en cuenta. Sacristán introdujo en España nada menos que las dos líneas maestras de la posmodernidad burguesa: tanto el esencialismo negativo de Heidegger (y su lectura de Nietzsche) como la otra línea básica: no sólo la lógica formal/ matemática sino, a través de ella, el análisis del lenguaje cotidiano. Sin quererlo, Sacristán abrió el camino hacia las dos vías básicas de la ideología burguesa contemporánea: el esencialismo negativista o dionisiaco de Nietzsche/ Heidegger y el camino hacia la analítica formal o del lenguaje “común”. Pues si con Heidegger hemos topado, tendríamos que desplazarnos hacia el Nietzsche que en su versión dionisiaca, lúdica y antirracionalista fue la clave de nuestra progresía de la primera posmodernidad. Aunque existiera en aquella época una

indudable militancia comunista, lo asfixiante no fue en absoluto el marxismo a nivel teórico. Lo que empezaba a ser hegemónico era aquella especie de batiburrillo entre anarquismo lúdico y contracultural. Los residuos del mayo francés y una indudable imitación angloamericana. A partir del 75-78, la anterior sobredosis de política se iba a convertir en una sobredosis del “yo”: sexo, drogas y rock and roll. Y otro eslogan decisivo y paralelo: la política para los políticos, que a nosotros sólo nos interesa la vida (“mi vida”). Algo de eso es lo que han constatado tanto Ramón Buckley como Joan Ramon Resina o José Carlos Mainer. Buckley se plantea, por ejemplo, el “abandono” de los intelectuales en el periodo de la Transición y Resina se ríe del “desencanto”. Llevan razón: la Transición sin traumas era algo lógico porque nuestras burguesías estaban suficientemente solidificadas para ingresar en el nuevo orden occidental. Si todo el mundo había sido franquista (pues el franquismo suponía el *orden* y la *acumulación del capital*) ahora, muerto “el padre”, la democracia se presentaba como otro orden sin problemas. El ideal era Hollywood y la palabra “comunista” estaba maldita por su espejo ruso. Por tanto el único acto político masivo real fue votar masivamente a un socialismo –también programado- que prometía difusamente “libertad para mi vida”.

3.- Pero a nosotros ahora nos interesa otra historia: digamos que las aguas se remansaron finalmente en el ensayo propiamente dedicado al “ámbito literario” (o como quiera llamarse). Tras las sucesivas oleadas semióticas y de-construccionistas, pareció llegarse a una especie de consenso tácito. Algo tan simple como esto: que cada uno haga lo que quiera, con tal de que se tenga rigor y coherencia. Así filosofía, teoría e historia volvieron a cruzarse y la filología estricta se volvió más porosa. Un ejemplo claro de lo que digo podría hallarse quizá en el libro de Luis García Montero: *Gigante y extraño. Las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer* (2001). No es que se trate de un libro “aséptico” ni mucho menos sino que continuando la línea de su ensayismo anterior (siempre en defensa del “realismo singular” y de la poesía para “seres normales”) ahora relee a Bécquer dando su propia versión acerca de la continua polémica que ha rodeado la ordenación de las Rimas. Pero el libro es sobre todo un espléndido ensayo sobre la realidad histórica de la poética becqueriana y de su influencia inmensa en toda la tradición hispánica posterior, en cualquier sentido y en cualquier variante. Un libro imprescindible de arriba abajo. En una perspectiva paralela, el también poeta/profesor Francisco Díaz de Castro realiza a la vez una magnífica edición de la prosa completa de Jorge Guillén mientras recopila mucho de la amplia ebullición de la poesía española

actual en su colección de ensayos/ artículos titulada: *Vidas pensadas. Poetas en el fin de siglo* (2002); sus análisis son certeros y brillantes, pero también constatan un hecho ineludible: la progresiva degradación educativa de las “Humanidades” y de la educación literaria en particular. Algo que se ha instalado ya inevitablemente en la Universidad: como Díaz de Castro indica, los alumnos llegan sin saber leer y sin entender nada de los mecanismos poéticos. Por eso él nos ha ofrecido una compilación utilísima de los diversos tipos de lectura con que se puede interpretar un texto poético en otro libro que se titula *Sin reparos. Comentarios de textos. Poetas del siglo XX* (2001). Recurrir al tan denostado término de “comentario de texto” parece hoy la única solución posible. Veinte son los poemas comentados (desde Unamuno a Ana Rossetti o Jaime Siles) y veinte también los lectores: desde Álvaro Salvador a Rosa Navarro Durán. Y ya que hablamos de la poesía contemporánea no resulta inconveniente reseñar un ensayo muy específico, el *Diccionario bibliográfico de la poesía española del siglo XX* (2002), de Ángel Pariente. Cualquier diccionario es siempre un ensayo en tanto que “experimento” de elección de nombres y bibliografías. No todas las entradas poseen la misma calidad de información, pero es algo comprensible en un empeño tan amplio. El libro es pues irregular, pero imprescindible. Y volviendo a los dos últimos nombres citados, conviene resaltar la obra del también profesor/ poeta Álvaro Salvador, quien –en un aluvión de últimos textos- nos presenta sobre todo dos libros/ensayos tremendamente sugestivos a propósito de la literatura hispanoamericana: *El impuro amor de las ciudades. Notas acerca de la literatura modernista y el espacio urbano*, Premio Casa de las Américas (2002); y *Espacios, territorios, estrategias. Algunas aproximaciones a la literatura hispanoamericana del siglo XX* (2002). Indudablemente Álvaro Salvador se ha convertido en uno de los ensayistas más brillantes sobre la literatura del “otro lado” pero sin olvidarse nunca del de aquí. Por su parte Rosa Navarro Durán ha levantado una pequeña polvareda con sus ediciones del *Lazarillo* (2001-2002) al que por fin le ha encontrado un autor: Alfonso de Valdés. Sus argumentos son plausibles y su convencimiento personal absoluto, pero la autora se queja de la inercia de la rutina académica. Sin embargo, aunque tal inercia existe, también indicábamos que la nueva visión de la filología y del historicismo se ha hecho más porosa y permeable, quizá buscando atrapar a los lectores. Así Francisco Rico tiene ya su propia *Biblioteca* y Leonardo Romero Tobar, aparte de una edición ejemplar de las cartas de Don Juan Valera (2002), se preocupa por revisar los nuevos enfoques de la historia literaria. Pero ya que hablábamos del *Lazarillo* volvamos al Siglo de Oro. No puedo dejar de señalar

mi libro *La literatura del pobre* (2001), donde trato de analizar la aparición de “la vida” como eje literario desde *La Celestina* a *El Buscón* o el *Estebanillo*. Y aunque el ensayo me da licencia para hablar de mí mismo, prefiero no explicitar más lo que sucede en este libro.

4.- Desde una serie de temáticas posmodernas (el neobarroco, los estudios culturales, etc.) han aparecido una serie de textos sugestivos también en torno al XVII, importantes y a veces irregulares. Me interesan sobre todo el de Fernando Bouza: *Corre manuscrito. Una historia cultural del siglo de Oro* (2001), muy desde el interior de la escuela de Chartier y su historiografía del libro y la lectura; el de Fernando R. de la Flor: *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680)* (2002); o el de Roger Bartra: *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro* (2001). Aunque en este desempolvamiento de nuestra historia los tres libros citados sean ensayos con matices diversos, la idea de Literatura no varía en ellos y quizá tampoco la imagen del Siglo de Oro. Aunque sí varía el tejido de lo que se entiende, por ejemplo, por “cultura” o la persistencia del cómodo pero dudosísimo término *Barroco* en tanto que categoría conceptual. La diversidad de perspectivas críticas -o de metodologías, pero este sí que es un término ambiguo- es lo que se nos resalta en el muy bien relleno libro de David Viñas Piquer: *Historia de la crítica literaria* (2002). Trufado de nombres y corrientes, el libro es una herramienta útil en ese sentido, aunque sus planteamientos filosóficos y teóricos a veces se pasan y a veces no llegan, como en el conocido juego de cartas. Por ejemplo, el lector puede -o debe- prescindir perfectamente de los análisis sobre Kant, Hegel, Heidegger y -no digamos- acerca del marxismo o el psicoanálisis, incluso del Pragmatismo americano. Y eso que tenía a mano el muy interesante libro editado por Luis Arenas, Jacobo Muñoz y Ángeles J. Perona: *El retorno del pragmatismo* (2001). Pero una vez más nos encontramos con la tozudez de los hechos: una cosa es resumir o esquematizar y otra cosa es vulgarizar a fuerza de lugares comunes estereotipados. Pero, insisto, en que el libro puede ser muy útil para quien se interese por las diversas corrientes “técnicamente” más literarias. Desde otro horizonte teórico se nos ofrece el magnífico ensayo de José Luis Rodríguez García *Mirada, escritura, poder. Una relectura del devenir occidental* (2002). Saltándose a la torera cualquier delimitación de géneros, José Luis Rodríguez hace una lectura destellante de la imbricación entre literatura y filosofía. Se podrá o no estar de acuerdo con sus planteamientos -y yo muchas veces no lo estoy- pero las líneas de este

libro lo convierten en un verdadero acicate para el pensar. Quizá por ello también la obra de este profesor/poeta -y filósofo literario sobre todo- no tenga el reconocimiento que se merece. Por mi parte creo que un libro sirve si sirve para obligar a pensar. También me da qué pensar, aunque en un sentido muy distinto, la reedición en castellano y catalán de un clásico de la generación de los 50, el libro *La hora del lector*, de J. M. Castellet (2001). Que este libro fuera acogido en su momento como una aportación extraordinaria es sólo un síntoma perfecto del erial en que vivimos. Que Castellet simbolice otras cosas a través de sus famosas antologías y de sus negocios editoriales, de nuevo tanto en castellano como en catalán, es otra historia que permanece ya como una cuestión inevitable para cualquier historiador que se dedique a esa época.

Más de hoy es por supuesto el libro de José Enrique Martínez Fernández: *La intertextualidad literaria* (2001), dado que se supone que hoy todo es intertextual (una buena manera, por otra parte, de unir términos tan dudosos como la “tradición o las fuentes” o de enmascarar el plagio o el robo descarados). De cualquier modo lo “intertextual” es algo inevitable en las diversas culturas de hoy. Obviamente también son temáticas muy actuales las planteadas por el *comparatismo* y los lenguajes y/o personajes artificiales. Un buen ejemplo “comparatista” sería el libro de Luis Gómez Acosta y Margit Raders (eds.): *Encuentros con Goethe* (2001); mientras que sobre la artificialidad y su imaginación siniestra o virtual puede consultarse el libro de David Mesa Gancedo: *Extraños semejantes. El personaje artificial y el artefacto narrativo en la literatura hispanoamericana* (2002). Un libro muy en la línea de otro texto clásico que no fue muy bien entendido en su momento, la obra de Gabriel Albiac *Caja de muñecas*, de 1995. De cualquier forma Albiac, por esas fechas, había decidido ya abandonar cualquier actividad teórica establecida y dedicarse sólo al ensayismo de la columna de periódico y a la novela. Dentro del *comparatismo*, en su sentido más ampliamente temático, podríamos citar también el libro de Luis Beltrán: *La imaginación literaria. La seriedad y la risa en la literatura occidental* (2002); sobre todo porque hasta que se descubrió el *carnavalismo* de Bajtin (un filón sobre el que lanzo a mansalva la crítica) y la “morfología del cuento” oral de Propp, la risa parecía estar mal vista en los estudios literarios serios. También con la abolición de diferencias entre baja y alta cultura en las universidades americanas, se han comenzado a estudiar aquí géneros poéticos “menores”, como el Bolero, el Cuplé, el Tango, las novelas de kiosko, etc. Algo que desde un punto de vista digamos gramsciano ya había hecho M.

Vázquez Montalbán e incluso yo mismo en uno de los textos que me ha supuesto más esfuerzo escribir: el ensayo que titulé *Del primer al último tango. Melodrama y populismo en la literatura hispanoamericana* (1982, 1996), con incursiones hacia el bolero en la segunda edición. Hoy ya no hay problemas para escribir sobre esas cuestiones y así lo ha hecho Antonio Pau Pedrón, en su libro *Música y poesía del tango* (2001); e incluso Álvaro Salvador y Ángel Esteban organizaron un curso sobre estas “literaturas” en la Universidad internacional Antonio Machado, con actas que se han publicado recientemente. Dentro del ámbito de los estudios culturales también la Moda (y no sólo la escrita, como en Roland Barthes) ha sido objeto de análisis en múltiples lugares. María Isabel Montoya Ramírez ha organizado ya diversos congresos sobre el tema, el último titulado *La indumentaria: Estética y Poder*, cuyas Actas se publicaron en el año 2002. Quiero decir solo que hoy ya no hay temas, sino maneras de tratarlos, y que es precisamente ahí, en la construcción de su objeto teórico (en la manera de producir la teoría sobre el objeto real) donde radica la clave del auténtico ensayismo actual. Se ha roto la unidad entre objeto de conocimiento y objeto real y eso ha sido fructífero para todos: hasta hace bastante poco tiempo bastaba un nombre “serio” (digamos Calderón u Ortega) para que se supusiera que el estudio/ensayo iba en serio. Quizá fuera el valenciano Joan Fuster, en un magnífico texto recogido por Jordi Gracia, quién empezara a romper las barreras en este sentido, comparando nada menos que a Unamuno con una cantante televisiva como Conchita Bautista. El texto está fechado en 1975, se titula “El caso de D. Miguel” y resulta deliciosamente significativo y anticipador: al igual que ocurría con las chicas televisivas, don Miguel habría valido sólo por su fugaz “presencia en acto”, no por la autenticidad de su pensamiento. No nos dice Fuster qué o quién consideraba como auténtica validez de pensamiento, pero sí nos aclara la diferencia entre las cantantes televisivas y la seriedad auténtica de la Niña de los Peines o de Doña Concha Piquer (lógicamente, pues era valenciana. Pero lo que entonces podía parecer mera frivolidad, hoy resulta un instrumento de trabajo como otro cualquiera. Incluso un instrumento decisivo, pues referirse a los *media* (y sobre todo a la televisión, incluso interviniendo en ella y no sólo en programas culturales o políticos) es lo que últimamente vienen haciendo teóricos anteriormente tan herméticos como Gustavo Bueno (quizá siguiendo la singladura de Bourdieu). Y desde luego es algo habitual en el mundo angloamericano. Pero esta aparente *desvergüenza* (la aparición del yo en público) no sólo afecta a los grandes medios de comunicación, sino a la propia intimidad. De ahí quizá el último matiz del ensayismo español actual: los *Dietarios* o las

*Autobiografías* (incluso la ficción autobiográfica). Es algo estudiado también por Jordi Gracia: por ejemplo los dietarios de Pere Gimferrer o de Josep Pla (*El cuaderno gris* es hoy un clásico). Pero es un hecho al que se remonta, con su habitual inteligencia y perspicacia, el profesor Enrique Asenjo Sedano en su libro *Vidas oblicuas. Aspectos teóricos de la “nueva biografía” en España. 1928-1936* (2002), un libro en el que, tras una larga introducción sobre el biografismo europeo, se nos cuenta cómo se biografiaron a sí mismos, al contar otras vidas, algunos ensayistas nuestros como Ortega, d’Ors y Benjamín Jarnés. Y el biografismo más o menos larvado ha aparecido inevitablemente en los homenajes y centenarios que se han celebrado en estos años.

Citaré sólo dos homenajes: el dedicado a Carlos Blanco Aguinaga en un libro publicado bajo el título *Encuentros en la diáspora*, a cargo de Mari Paz Balibrea; y el homenaje al fallecido poeta Javier Egea, en un libro titulado *Contra la soledad* (2002) bajo la coordinación de Pedro Ruiz Pérez. Evidentemente los centenarios de Gracián, Clarín, Alberti y Cernuda no podían sino multiplicar los actos y los libros. De Gracián se encargó sobre todo la magnífica erudición –también “pasional”- de Aurora Egido. Pero más ampliamente (en cierto modo es lógico dentro de los parámetros posmodernos) se publicaron Actas del centenario de Clarín (2002) en Oviedo y en Barcelona, con destacadas aportaciones de Leonardo Romero, Juan Oleza, Yvan Lissorgues, Adolfo Sotelo, Antonio Vilanova, etc. Con el título de *Cinco lecturas de Luis Cernuda en su centenario* (2002) se presentó quizá el primer libro “cernudiano” del momento, bajo la coordinación de Ph. W. Silver y José Teruel. Aparte de los textos del propio Teruel, aparecen ensayos de Tomás Segovia, Luis Fernández Cifuentes, Julián Jiménez Heffernan y uno mío, en el que ensayé la categoría de “notredad” a propósito de Cernuda. Quizá las mejores publicaciones sobre Alberti se hayan editado con anterioridad o posterioridad a nuestras fechas y por eso no las reseñamos aquí. Pero ciñéndonos a este espacio cronológico debemos citar tres ediciones/estudios que con motivo de la declaración de Madrid como “Capital mundial del libro” aparecieron en el año 2001. Estos tres ensayos/ ediciones constituyen labores admirables. Andrés Soria Olmedo realizó el trabajo sobre *Todo más claro*, de Pedro Salinas; Mario Hernández sobre el *Llanto...* de García Lorca y José Teruel sobre *Los placeres prohibidos* de Cernuda. Tres regalos, en cualquier sentido, donde se mezclan el ensayismo erudito y la pasión por la lectura. Esa nueva “permeabilidad” a que aludíamos antes.

5.- Por supuesto el ensayismo no se acaba (sino más bien al contrario) con la “fórmula libro”. Aunque el libro de ensayo persista, como es lógico, y no sólo en el ámbito filológico, nos interesa ahora citar una serie de nombres cuyos artículos o ensayos vienen prolongándose desde hace tiempo y cuyo trabajo no podemos ignorar por su influencia permanente en este espacio cronológico establecido. Así las llamadas escuelas de Pamplona y de Barcelona, dedicadas sobre todo al teatro del Siglo de Oro, la primera más volcada hacia Calderón, con Ignacio Arellano a la cabeza, y la segunda más dedicada a Lope con Alberto Blecua como impulsor. El ensayismo teatral –clásico y contemporáneo- no ha cesado en su actividad a través de autores con planteamientos tan dispares como Andrés Amorós, Díez-Borque, Ruiz Ramón, Juan Antonio Hormigón o César Hernando de Vicente. También en este ámbito se nos presentan importantes nombres como Joan Oleza –defensor del código “realista” en cualquier sentido- y el resto de la “escuela valenciana”. Ensayistas “estéticos” de primera fila son sin duda F. Jarauta, Peñalver, Argullol, Subirats o el ya citado Félix de Azúa. Valeriano Bozal y Carlos Piera continúan adelante con sus propios trabajos y con su tarea teórica y crítica en la revista –ahora quizá sólo editorial- *La balsa de la Medusa*, otro intento de lectura progresista de la posmodernidad. Aunque envuelto en su complicada situación política, Fernando Savater no cesa en sus escritos sobre ética, al igual que Victoria Camps. Más alejado de la publicación directa (por las mismas razones que Savater) se halla Jon Juaristi, pero no Antonio Elorza, otro muy inteligente analista de la cuestión vasca y que también se ha dedicado profundamente a las relaciones entre Islamismo y democracia.

El ensayismo o el articulismo “suelto” tampoco ha sido abandonado por maestros clásicos como García Calvo o Sánchez Ferlosio, el primero insistiendo en el “lenguaje popular” y el segundo en su prolija tarea “de tejer, no de hacer jerseys”, como alguna vez le señaló a Savater. Y por supuesto un maestro de la tradición de la filosofía “qua” filosofía, pero vista desde el ensayismo, sigue siendo el imprescindible nombre de Emilio Lledó, como lo es la postura de “perplejidad” de Javier Muguerza, otro clásico. Pere Gimferrer nos continúa sorprendiendo con su extraordinaria capacidad de lector y Francisco Umbral vuelve a arriesgar una de las prosas más ácidas y “arborescentes” de nuestro ensayismo, tanto en sus libros como en el periódico; al igual que ha ocurrido con Vázquez Montalbán y su implacable marxismo democrático e irónico hasta su reciente desaparición: se quedó con los pájaros en Bankog. La rotundidad de la izquierda ecologista y sociológica permanece en los ensayos de Jorge

Riechmann y Francisco Fernández Buey, el heredero más directo de Manuel Sacristán. Pero el “sacristanismo” está igualmente representado en los ensayos del matemático y “lógico” Vázquez Areal e incluso en los de Jesús Mosterín, quien (como en otro sentido Sánchez Ron) se ha dedicado a “normalizar” el conocimiento público del saber científico más “duro”, el de las llamadas “ciencias naturales” tratadas con naturalidad.

Desde la izquierda, y desde dentro de los entresijos del ámbito literario, nos encontramos algunos magníficos ensayistas como Constantino Bértolo o José María Guelbenzu, ambos empapados en pesimismo respecto a la literatura actual y futura. Ensayismo universitario de izquierdas, en su más amplio sentido, puede considerarse por supuesto la tarea –lúcidamente erudita por lo demás- de Julio Rodríguez Puértolas, Manuel Aznar Soler y Ángel Luis Prieto de Paula. En un peculiar campo ideológico podríamos situar otros nombres claves: evidentemente Antonio Jiménez Millán, de nuevo un magnífico poeta/ profesor y uno de los mejores conocedores de las literaturas de vanguardia, como se muestra en su libro: *Promesa y desolación. El compromiso en los escritores de la Generación del 27* (2001); y de la misma forma Miguel Ángel García, autor ya de espléndidos ensayos y libros pese a su juventud y ganador del “Primer premio internacional Gerardo Diego de Ensayo” con su libro: *El veintisiete en vanguardia* (2001). Por otra parte, la erudición y el ensayismo vuelven a mezclarse en nombres jóvenes como Rafael Alarcón Sierra (perfecto conocedor de los Machado y de J.R.J.: del “modernismo” en general) y Gabriel Núñez (sus análisis sobre el krausismo y la educación literaria son ya fundamentales). Mientras que Mar Campos F. Fígares ha hecho una relectura subyugante de Bernal Díaz del Castillo en su libro: *El caballo y el jaguar. Sobre la historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (2002). La mezcla de biografismo, ensayo y ficción es básica en los últimos textos de Antonio Muñoz Molina, Felipe Benítez Reyes, Luis Antonio de Villena y Benjamín Prado. Este último ha retomado el tema de la biografía de los otros (en este caso de las otras) a través de su propia ficcionalidad autobiográfica, en el caso de *Los nombres de Antígona* (2001). Algo similar ocurre, más directamente, en su libro dedicado a Alberti *A la sombra del ángel* (2002). También el biografismo –o la autobiografía ficcional- aparece como el eje clave de los textos de J. Semprún, Castilla del Pino o Juan Goytisolo, quizá el mismo eje autoficcional que se prolonga en las obras de Javier Marías, Sánchez Ostiz y en Vila-Matas, el curioso heredero de Melville. También en los más jóvenes como Tripiello o Cercas. Por su parte P. Fusi, Santos Juliá, Salvador Giner, Víctor Pérez Díaz

o Enrique Gil Calvo son –tras la sombra de Tierno Galván o Elías Díaz, pero también de Hanna Arendt- los ensayistas teóricos de un socialismo/ liberal que tanto los necesita, al igual que a Ignacio Sotelo, otro clásico. El feminismo de la desaparecida Carmen Martín Gaité, de Celia Amorós o Iris Zavala, por citar sólo algunos nombres, sigue resultando imprescindible para un enfoque distinto del canon establecido en nuestra literatura, algo que se ha venido analizando en los diversos “Encuentros de mujeres poetas”, celebrados en distintas ciudades españolas, durante los últimos siete años hasta el 2001, por ahora.

6.- Finalmente digamos que un síntoma básico de nuestros tiempos –y cada vez más desgarrado- ha resultado ser la explotación psíquica del yo. De modo que las neurosis, las paranoias y las esquizofrenias parecen haberse convertido en hechos *normales*: tanto es así que la llamada *salud mental* y sus profesionales (psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales y analistas) se dan de bruces con un nuevo *saber* inesperado: el del propio dolor de la vida de los pacientes, un “saber” que el ensayo apenas había recogido hasta hace unos veinte años (aunque ya Baroja hiciera su tesis doctoral sobre *El dolor*, y aunque el dolor psíquico/ somático se haya mostrado en obras autoficcionales tan clásicas como las de M. Duras o Carlo Emilio Gadda). De ahí el auge del ensayismo en torno a los dispositivos sociales o sexuales que atraviesan el inconsciente libidinal y la extorsión diaria de hombres y mujeres. Es el auge de la escuela lacaniana o de los diversos estilos freudianos, pese a lo que se siga discutiendo en torno al tema. Lo que nos interesa sobre todo resaltar es que curiosamente el ensayo –que dice partir del yo- apenas había puesto en duda al “yo” salvo en sus márgenes: la supuesta muerte del sujeto en Foucault, el sujeto escindido (la formulación freudiana de *Spaltung*) por ejemplo en los románticos (algo de lo que tanto ha hablado Subirats) o el yo fragmentado o transversal (la especialidad de la escritura de Argullol). Pero esos aspectos fundamentales no se han adentrado en la problemática decisiva del *atrapamiento del yo por los dos inconscientes* (el libidinal y el ideológico) que lo constituyen. En este sentido hay que resaltar la importancia actual del psicoanálisis en los ensayos feministas y en determinados ensayos literarios. Aunque aún sigue latiendo aquella pregunta que Freud dejó sin respuesta: “¿Qué desean las mujeres?”. Un texto importante en este sentido es el libro colectivo titulado *Matrices del siglo XX: signos precursores de la posmodernidad* (2001), una obra que recoge diversas intervenciones de un Congreso Internacional celebrado en la Universidad Complutense de Madrid,

coordinado entre otros por Javier del Prado y Rosario Scrimieri. Por mi parte intervine en el debate con un ensayo que titulé “Freud y la pesadilla del yo”. Lo que no invalida para nada –sino al contrario- la capacidad creativa e interrogativa del Ensayo. El poder de la letra y de la literatura, como de nuevo señala Borges en otra imagen memorable: “Narran los cabalistas que la simiente del remoto Abram era estéril hasta que interpolaron en su nombre la letra *he*, que lo hizo capaz de engendrar” (O.C. I. 422). Precisamente la *pesadilla del “yo construido” en nuestro mundo* puede seguir engendrando lo mejor de nuestra escritura y –de manera sintomática- para desvelar la escritura impuesta sobre el mundo. Y siempre en su sentido más concreto y cotidiano.

De modo que terminamos donde habíamos comenzado: si el *yo objetivado* es en realidad la materia del ensayo, la validez del ensayo como género literario no puede ser más que la que señaló Montaigne, su inventor genial. Es decir, recordar a cualquier “yo” que por muy fijo o seguro que se considere, a fin de cuentas *todos estamos sentados sobre nuestro culo*.